



La experiencia de la comunión en la vida dominicana¹

Fr. Felicísimo Martínez, O.P.

Las raíces evangélicas de la comunión

La comunidad religiosa ha de buscar sus raíces en las exigencias evangélicas. La comunidad religiosa es una encarnación de la comunidad eclesial, cuya forma original está expresada en la comunidad cristiana de los Hechos. Esta comunidad cristiana primitiva se construye sobre la fe en Jesús resucitado compartida por todos los creyentes en la escucha de la Palabra y en la oración, en el culto y en la comunión, en la caridad y en la fracción del pan por las casas. [...] Sobre esta fe y este seguimiento de Jesús se construye la comunión fraterna, como comunión en el Espíritu. Esta fe y este ideal de seguimiento se expresan y se realizan en la escucha de la Palabra y en la oración comunitaria, en la celebración cultural y en la comunión, en el ejercicio de la caridad fraterna y en el compartir de cada día.

La escucha de la Palabra y la oración compartida son elementos esenciales de la comunidad dominicana primitiva, y lo deben ser en la comunidad dominicana actual. En confrontación con la Palabra y en un ambiente de oración comunitaria, los miembros se verán obligados a compartir su común ideal de seguimiento, la fe que inspira este seguimiento, la forma en que se actualiza este seguimiento tanto en el interior de la comunidad como en la proyección apostólica de la comunidad hacia la historia humana. Frente a la Palabra y en el contexto de la oración comunitaria, los miembros se verán comprometidos a una revisión crítica permanente de la vida de fraternidad y de la vida apostólica.

Fe, comunión y fraternidad deben ser celebradas en el culto y los sacramentos, memoria y actualización de la salvación cristiana. [...] Según la mejor tradición religiosa, la comunidad debe estar dispuesta a realizar y celebrar la reconciliación entre los hermanos, teniendo en cuenta con lucidez y realismo los obstáculos que se presentan siempre a la ardua tarea de la convivencia humana y de la comunión cristiana. La reconciliación es un proceso histórico. Los hermanos reconciliados celebran en la Eucaristía la comunión, para testimoniar que ésta es a la vez don de Dios y compromiso de los hermanos. La Eucaristía se convierte así en centro de la comunidad religiosa, expresión de la reconciliación ya realizada y motivación de la reconciliación aún por conseguir.

La comunión que se celebra en los sacramentos se traduce en gestos concretos y objetivos de justicia y caridad en la vida y en la historia de cada día. Este ideal de caridad y justicia se encarna en la acogida, el perdón, el servicio humilde al hermano, la comunicación de dones y bienes. Es el verdadero sentido evangélico del compartir el pan, gesto en el cual se reconoce a Jesús resucitado. Y es este compartir el pan al interior de la comunidad religiosa el primer testimonio evangelizador que anuncia la presencia del Reino en medio de la historia humana. [...] La comunión fraterna se expande en el compromiso apostólico y éste a su vez alimenta la comunión fraterna. Es la expansión de la comunión hacia la historia de todos los hombres, llamados a formar Iglesia y a incorporarse al Reino.

Esta es la raíz de la realización evangélica de la comunidad religiosa hacia adentro. La heterogeneidad de interpretaciones eclesiológicas, cristológicas y las distintas teologías de la Vida Religiosa; la diversidad de ideologías y opciones políticas; la variedad de compromisos apostólicos... hacen especialmente necesaria hoy la experiencia de la comunión en la fe y en el Evangelio. A la tradicional uniformidad institucional debe sustituir hoy el compartir de la experiencia de fe y del ideal evangélico. Desde esta nueva base las comunidades religiosas pueden convertirse de nuevo en signos proféticos y en testimonios vivos de que aún es posible la fraternidad y la comunión entre los hombres. Y ello porque la comunidad religiosa no debe construirse sólo hacia adentro, hacia la comunión entre sus miembros. Esta renovación interna va necesariamente acompañada por una renovación de la forma de presencia y de las relaciones con el entorno histórico en el que está ubicada la comunidad. Los signos de los tiempos coinciden de nuevo con el ideal dominicano. Su constitución interna hace referencia directa a la misión evangelizadora. Por eso, Domingo ubica las primeras comunidades dominicanas en medio de las ciudades, en medio de los centros

universitarios, allí donde germinan las nuevas relaciones sociales y la nueva cultura. Los dominicos están comprometidos con esta fidelidad a sus orígenes y con esta fidelidad al hombre contemporáneo.

La renovación de las comunidades religiosas en su forma de relación con la historia se va traduciendo en una progresiva inserción en el pueblo. Esta inserción comporta un nuevo estilo de presencia. El estilo de vida es más sencillo, más nivelado en todos los sentidos con el nivel de vida del pueblo. Son comunidades más abiertas a los valores, problemas y cuestionamientos que ocupan y preocupan al pueblo. Comparten con el pueblo la búsqueda, las situaciones, la oración, la experiencia de Dios, los compromisos y las luchas, las esperanzas y las angustias de la vida cotidiana. [...] Conviviendo con el pueblo, los mismos religiosos aprenden a convivir entre sí.

La comunidad dominicana, signo profético de comunión

Esta inserción de la comunidad religiosa en el pueblo concuerda con la espiritualidad de encarnación que caracteriza la personalidad de Domingo. [...] El Reino de Dios que sustenta el seguimiento de Jesús en la Vida Religiosa es un Reino que actúa en medio de la historia humana. La ley de la encarnación exige una presencia profética con discernimiento, atenta a las ambigüedades de la historia humana. Precisamente la encarnación es un misterio de redención y liberación. Y la presencia del Reino de Dios en la historia humana es la respuesta a las ansias de liberación por la que clama el pueblo desde el fondo de su historia. [...] Fidelidad a Dios y fidelidad al hombre eran las dos grandes fidelidades de Domingo. Esas son también las dos grandes fidelidades de los dominicos que quieren ser fieles a su carisma fundacional.

Es desde la historia de los hombres desde donde se acrecienta la experiencia contemplativa del religioso. Sin embargo, la ambigüedad de la historia humana exige del religioso un distanciamiento de los dos extremos que niegan de raíz el verdadero contenido de la encarnación cristiana: la "*fuga mundi*" como rechazo absoluto de las realidades históricas, y la identificación indiscriminada con el mundo como asunción secularista de las realidades históricas. La "*fuga mundi*" convierte la salvación en una idea abstracta sin trascendencia ni incidencia alguna en la historia de los hombres. La identificación indiscriminada con las realidades históricas diluye la experiencia de Dios y el aporte específico cristiano, y convierte la inserción y la presencia del religioso en una presencia intrascendente.

La presencia de la comunidad religiosa en medio del pueblo debe ser una presencia profética. Debe ser una presencia atenta a las situaciones históricas, y consciente de las verdaderas fuerzas que mueven los hilos de la historia. No es una presencia ingenua la del profeta. Es más bien una presencia que discierne los valores del pueblo que son semillas del Reino y denuncia aquellas situaciones que están en abierta contradicción con las exigencias del Reino. [...] Pero el discernimiento y la denuncia profética no han de traducirse en meras verbalizaciones del mensaje evangélico, sino también en un estilo de vida, de convivencia, de relaciones sociales, de acompañamiento al pueblo en la lucha por los valores evangélicos de la justicia, de la comunicación de bienes, de la paz y la fraternidad. [...] Este compromiso de acción exige de ellas flexibilidad y apertura al cambio, actitud constante de conversión, ordenamiento de la estructura interna a la misión. La ley de la dispensa que tanta significación ha tenido en la legislación y la tradición dominicana, era como un augurio de estas tendencias que caracterizan a la Vida Religiosa hoy. La conversión y la misión exigen una buena dosis de creatividad en la conducción de la comunidad, más allá de cualquier institucionalización rígida que entorpezca la vida interna en la comunidad y el proyecto apostólico. Domingo supo distinguir perfectamente los medios de los fines y supo poner aquéllos en función de éstos. Esta es la verdadera libertad evangélica que caracterizó la personalidad de Domingo y que debe caracterizar a todo dominico.

La apertura al pueblo y el compartir con él, y la consiguiente actitud de cambio y conversión son ya de por sí un gesto de entrega generosa de la propia vida a los hermanos, siguiendo a Jesús, el hombre para los demás. [...] Libertad para la entrega es la inspiración de toda renuncia evangélica. [...] Por eso Domingo llamaba a la comunidad dominicana la "Casa de la Predicación".